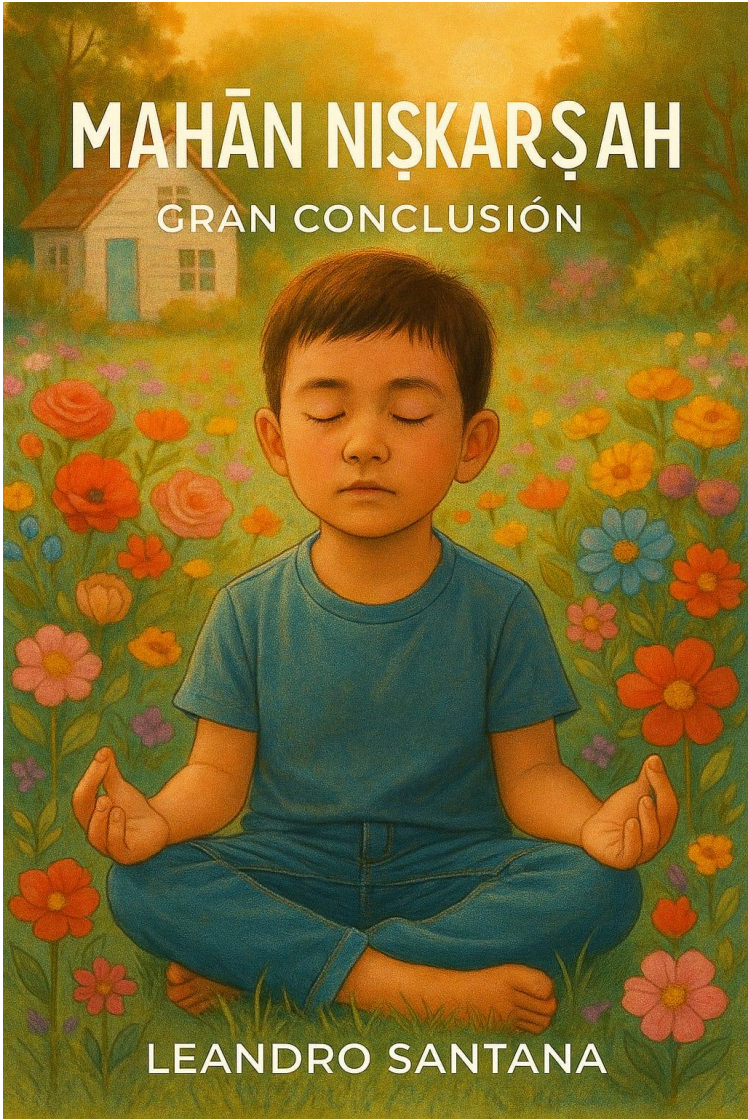
MAHĀN NIṢKARṢAH

GRAN CONCLUSIÓN



LEANDRO SANTANA

MAHAN NISKARSAH

GRAN CONCLUSION

Escrito por:

Leandro Santana

BIOGRAFÍA

Leandro Federico de Jesús Santana nació en Merlo, provincia de Buenos Aires, Argentina. Es Neuropsicólogo Clínico, Neurocientífico y Psicólogo Social.

Realizo la Docencia en Neurociencias en la Universidad Abierta Interamericana (UAI), lo que complementa su sólida formación académica en el ámbito de las ciencias de la salud y la mente. lo largo de su trayectoria, ha fundado el Equipo Transdisciplinario y de Formación Phantasos, así como el Equipo de Investigación Phantasos, espacios dedicados tanto a la práctica clínica como a la investigación y formación científica, con una visión integradora y humanista.

Como neurocientífico, ha realizado dos aportes significativos a la ciencia, en colaboración con un colega mexicano, miembro de la Sociedad de Neurociencia (S.A.N.)El primero fue la identificación y denominación de un tipo de autismo que no presenta las características clásicas del autismo descrito por Leo Kanner. A este subtipo lo denominó “Síndrome de Mahavision”, abriendo nuevas perspectivas para su diagnóstico y abordaje.

El segundo aporte fue el desarrollo del concepto de “Biocodificación de Mahavision”, una teoría basada en la idea de que ciertos patrones genéticos pueden ser modificables a través de conductas y frecuencias específicas. Ambos enfoques proponen una nueva mirada científica sobre el autismo, buscando establecer un legado hacia un nuevo paradigma en la comprensión de la neurodivergencia.En su rol como docente, es profesor y director del Equipo de Formación Phantasos, desde donde forma profesionales con una visión transdisciplinaria e innovadora. Además, Leandro posee conocimientos en diversas áreas relacionadas con la salud y el conocimiento humano, incluyendo Grafología, Estimulación Temprana,

Filosofía, Teología, Genética y Nanotecnología. Se formó como Neuropsicólogo Clínico en la Fundación Foro, institución que le brindó una mirada profunda y sensible sobre la mente humana, fortaleciendo su pasión por las neurociencias.

Actualmente, ejerce también como Acompañante Terapéutico, labor que desempeña con sensibilidad y agudeza clínica, buscando diariamente aportar desde la observación terapéutica y científica. Según palabras de su colega y amigo: "Sos una eminencia, en silencio".Comprometido con la ciencia, el amor y la filantropía, Leandro continúa investigando nuevas áreas del conocimiento, con el firme propósito de contribuir a una transformación profunda en la mirada social y científica de la salud mental.

AUTOR DE ESTA OBRA MAGNIFICA

Leandro Santana no recorre los caminos de la ciencia, los habita como se habita un templo sagrado, cuyas piedras fueron talladas por siglos de misterio y revelación. No sigue huellas ajenas, pues su andar es el del que busca, sí, pero también el del que crea: con la paciencia del que ha oído el Silencio, y el fuego sagrado del que ha visto una chispa más allá del velo.

Neurocientífico de vocación, alma peregrina y mirada encendida por lo invisible, es el fundador del **Equipo de Formación Phantasos y del Equipo de Investigación Phantasos** dos faros consagrados no solo al estudio riguroso

de la mente, sino a la navegación de sus límites más etéreos, donde la ciencia se funde con lo inefable, y la razón, con la intuición.

Sus primeros pasos fueron dados en la Psicología Social, campo en el que aprendió a mirar al ser humano no como fragmento aislado, sino como partícula viva de una red mayor, tejida en lo oculto. Allí, en aquel primer círculo, nació un resplandor de génesis," una luz temprana que encendió en él la escucha de lo no dicho, la visión de los hilos invisibles que enlazan almas con otras almas". De aquella semilla brotó un árbol de pensamiento que se alza aún, firmemente enraizado en la certeza de que el alma y la mente no son antagonistas, sino reflejos de una misma llama.

Fue ese impulso, ese llamado, el que lo condujo a entrelazar la docencia con la neurociencia, como si de dos lenguajes celestes se tratase. De esa unión emergió una filosofía encarnada, una neurociencia transfigurada, donde la razón se abraza con la intuición, y ambas danzan al compás de una espiritualidad que no teme mirar hacia lo Alto (como lo hace el gran Dios Shiva).

Leandro no solo investiga, ni solo enseña, ni solo guía: Leandro revela. Como un poeta de lo intangible, ha dado forma a dos constructos científicos originales. Y ahora, a esta obra que no se deja apresar por nombre alguno. No es manual. No es tratado. Es acto. Es soplo. Es carne verbal. Una meditación, poética y filosófica, sobre la vida de un niño con autismo, donde el autor se retira, se

disuelve, se hace umbral, para que emerja lo sagrado, una mirada pura, libre, sin juicio, sin miedo.

Tal vez esta obra sea su gesto más íntimo. No es la historia de un niño. Es la revelación de un mundo.
O de muchos.
O de todos.

CONTENIDO

BIOGRAFÍA.....2

AUTOR DE ESTA OBRA MAGNIFICA .. 7

PRÓLOGO..... 12

INTRODUCCION 16

¿Por qué el autor elige que el título esté en sánscrito?..... 16

ANTES DEL UMBRAL DE LA GRAN CONCLUSION 19

LA NEUROCIENCIA, EL AUTISMO Y LA MISTICA DEL SANSCRITO 24

LA GRAN CONCLUSIÓN EN ADOLESCENCIA 27

(MAHĀN NIṢKṚṢA KIŚORĀVASTHĀ) 27

PRÓLOGO

Esta obra no es un tratado, ni una biografía, ni un estudio clínico. Es un **poema** viviente, una filosofía encarnada en la existencia de un niño que percibe el mundo desde un rincón sagrado, silencioso y misterioso: el autismo.

Las palabras que aquí se presentan ,según su autor; no fueron construidas, sino recibidas. Surgieron como un destello de revelación, un "destello cósmico" en el que convergen saberes científicos y ecos de lo sagrado. El impulso creativo que dio origen a este texto bebe de dos manantiales esenciales: **la profundidad simbólica de *La Divina Comedia* de**

Dante Alighieri, y la intensidad filosófica de Friedrich Nietzsche. Dos voces que, desde extremos distintos del pensamiento, confluyen en una misma pasión por lo trascendente.

Este libro no pretende explicar el autismo. No intenta definirlo, clasificarlo ni reducirlo a una categoría. Lo que aquí se despliega es una **mirada libre, mística y profundamente humana**, que observa sin juzgar, interpreta sin imponer y contempla con asombro los gestos, los silencios y los ritmos únicos de una infancia que habita fuera del tiempo y las normas.

El autor elige hablar en tercera persona, no por distancia, sino por respeto. Se vuelve testigo, no protagonista. Permanece en los márgenes, en silencio,

como quien contempla un fuego sagrado sin atreverse a nombrarlo del todo.

Esta obra se sitúa en un cruce de caminos**: entre el arte y la ciencia, la teología y la psicología, la filosofía y el símbolo.** Cada palabra busca rendir homenaje a una forma de ser en el mundo que no necesita ser comprendida, sino **sentida**. Porque hay realidades y almas que solo se revelan cuando se renuncia a entender y se acepta, en cambio, **el misterio**.

Aquí no hay respuestas, hay revelaciones.
No hay diagnósticos, hay poesía.
No hay discursos, hay susurros del alma.

Esta es la historia de un niño.
O tal vez, es la historia de todos aquellos

que, alguna vez, se atrevieron a mirar
más allá de lo visible.

INTRODUCCION

¿Por qué el autor elige que el título esté en sánscrito?

El autor ha dado forma a esta obra inspirado en dos corrientes poéticas tan disímiles como potentes: la solemnidad visionaria de Dante Alighieri y la intensidad filosófica de Friedrich Nietzsche. Sin embargo, su pensamiento no se encierra en los márgenes de la tradición occidental. Su filosofía de vida , más allá de cualquier canon clásico; se enraíza en las profundidades milenarias de Oriente, particularmente en aquellas

corrientes de sabiduría nacidas en la India, donde la existencia se contempla desde una visión magnánima, compleja y sutil del alma y del universo.

Allí, donde la palabra se funde con el silencio y el pensamiento con la contemplación, el autor halló resonancias que ampliaron su horizonte como neurocientífico. Lejos de reducirse a lo observable, su mirada científica se expandió hacia lo simbólico, permitiéndole aproximarse al autismo no como una mera condición diagnóstica, sino como una manifestación única del ser en el mundo.

Desde esta confluencia entre ciencia y espiritualidad, entre poesía y razón. Nace esta obra. Una respuesta no a la lógica de lo clasificable, sino al llamado interior de

algo que no puede reducirse a fórmulas. El autor sostiene que la complejidad del autismo con su profundidad, su belleza y su misterio merece, como mínimo, una obra que esté a su altura: una obra que no explique, sino que honre.

ANTES DEL UMBRAL DE LA GRAN CONCLUSION

Antes de adentrarnos en esta obra , hermosa en su esencia y profunda en su intención, es necesario abrir un espacio de contemplación, una pausa sagrada, para preguntarnos con humildad y asombro:
¿Qué es, verdaderamente, el autismo?

Para este autor, no se trata de una condición que deba ser entendida, sino más bien de una realidad que debe ser honrada.
Y entonces, surge una pregunta luminosa, casi herética en su belleza:
¿Y si el autismo fuera el destello cósmico de otra forma de ser evolutivo?

Así como existen múltiples planetas en la vastedad del universo, ¿Por qué habríamos de suponer que existe una sola manera válida de habitar la conciencia? Tal vez existan cromosomas aún inexplorados por nuestra mirada científica, senderos alternativos del alma que no siguen las rutas esperadas de lo normativo.

Si observamos con verdadera providencia esa visión profunda que nace del silencio y no del juicio, podemos vislumbrar en estos jóvenes dones sutiles, virtudes invisibles al ojo apresurado: una sensibilidad sin máscaras, una percepción aguda del misterio, una conexión directa con el presente.
Y es entonces cuando comienza a revelarse la magia del autismo, eso que el autor llama “el milagro de la ciencia”.

Pero como todo milagro, también viene velado por el misterio del sufrimiento.

Desde una visión budista, el sufrimiento no es un castigo ni un error, sino una puerta hacia la comprensión más honda de la existencia. El dolor inseparable de toda vida encarnada se convierte, si se lo atraviesa con conciencia, en camino de liberación. Lo que en Occidente se tiende a evitar, en Oriente se contempla: se acepta, se respira, se trasciende.

Las llamadas "crisis" en el autismo —esos momentos de intensidad incomprensible para quienes miran desde fuera pueden ser vistas como manifestaciones de un universo interior que pugna por expresarse en un mundo que no está preparado para escucharlo. Como el Big Bang que dio origen al cosmos, así

también esas explosiones emocionales contienen en su centro una energía creadora.
No son síntomas. Son símbolos.

Y sin embargo, el mundo aún no ha despertado a esta comprensión.
El velo no ha caído.
La humanidad sigue temiendo aquello que no encaja, sin saber que justo allí, en lo que se escapa a toda norma, habita la revelación.

En la tradición budista, se enseña que toda vida consciente tiene el potencial de despertar. Pero ese despertar no ocurre acumulando conocimiento, sino despojándonos de las capas del yo que nos separan del otro.
El autismo, entonces, podría ser una forma radical de recordarnos lo esencial:

que la mente no es el centro, que el silencio también habla, y que lo sagrado no siempre grita... a veces susurra.

Esta obra no intenta explicar el autismo, sino acompañarlo con reverencia.
No busca ofrecer respuestas, sino abrir preguntas verdaderas.
No diagnostica, contempla.
No impone, escucha.

Aquí, no se narra simplemente la historia de un niño.
Aquí se revela —si el lector sabe ver— una historia universal:
la de todos aquellos que, alguna vez, han sentido que su alma viene de otro mundo.

"El dolor es inevitable, el sufrimiento es opcional."
— Buda

LA NEUROCIENCIA, EL AUTISMO Y LA MISTICA DEL SANSCRITO

Cuando esta obra se vio envuelta en el resplandor de una luz mayor —esa que ilumina la esencia más filantrópica del alma humana, la neurociencia rompió el velo de la ignorancia.
Aquel velo que, como prometen las antiguas tradiciones de la India, solo cae ante los ojos de quienes buscan con verdadera providencia.

Mi observación amorosa y filosófica— no fue la del científico frío, ni la del espectador distante. Fue una mirada profunda, como la del gran Mahadeva, el Señor de la Destrucción y la Creación,

cuyos ojos poderosos contemplan el universo no con juicio, sino con conocimiento sagrado.
Y si ha de destruirlo, no lo hace por ira, sino por compasión: para que algo nuevo pueda nacer.

Así he comprendido que mi propósito no se limita a explicar ni a corregir.
Va más allá de todo entendimiento.
Es un llamado que nace del silencio de los que no pueden hablar.
Una voz que me atraviesa.
Soy guiado por aquellos niños y niñas que aún no encuentran palabras, pero cuyas almas gritan en los márgenes del lenguaje.

Soy el suspiro de los desamparados.
Un simple aventurero en busca de un puente, de una verdad, de una respuesta.

Pero, sobre todo, en busca de una solución compasiva para esta joven humanidad que aún no ha aprendido a ver.

Ahora, nos dispondremos a contemplar esta condición mística, vasta y profundamente compleja a través de los ojos de quien la habita: un alma con autismo.
Ya no será el observador quien describe, sino el ser observado quien revela.
Ya no hablaremos *sobre*, sino *desde*.
Porque sólo así, dejando que su mundo nos hable en su propio idioma —hecho de símbolos, silencios y sentidos ocultos podremos rozar, aunque sea por un instante, el misterio de su luz.

LA GRAN CONCLUSIÓN EN ADOLESCENCIA

(MAHĀN NIṢKṚṢA KIŚORĀVASTHĀ)

Mi nombre es Maha Génesis, soy un cigoto en tránsito, un destello en el umbral del ser.

Mis frecuencias laten distintas a las tuyas, mi danza embrionaria se gesta en un ritmo secreto, más allá de la

razón, más allá del límite humano.

Hoy ya soy materia, un embrión que respira misterio.

En pocas semanas cerraré mi ciclo de sombras para abrirme como conciencia, trayendo al mundo una visión única, un espejo nuevo de lo eterno.

En esta oscuridad tibia, cuna que me sostuvo en silencio, ha llegado el momento de partir.

El abrazo por última vez, pues
ya puedo vislumbrar el
resplandor que me llama.

Ese nuevo mundo me espera, y
aunque la luz me aterra, sé que
en su fulgor mi existencia se
encenderá.

Veo los ojos divinos de mi
madre y mi ser, recién nacido,
sonríe.

Pero su luz radiante, en este
primer día de vida, ciega mis
pupilas inocentes y no me deja
sostener su mirada.

A lo lejos percibo una figura colosal que se acerca, y mi madre susurra con ternura:

"Es tu padre."

Entonces lo contemplo, y en su grandeza descubro la fragilidad: lágrimas de vida recorren su rostro, y en cada gota, mi existencia queda bendecida.

En esta sala blanca, inundada
de luz desconocida, veo
siluetas que no comprendo.

Y anhelo volver al refugio
infinito, a la inconsciencia
cósmica, al templo sagrado del
vientre de mi madre.

Me entregan de brazo en
brazo, y no hallo seguridad.

Escucho voces que rozan mi
oído, pero su lenguaje es
niebla, sus sonidos son enigmas.

Mi llanto rígido, mi primer despertar,

susurra en secreto:

"Quiero regresar a mi hogar, donde todo es ideal, donde no existe el miedo."

Los meses pasan, y aun no entiendo esta realidad.

A veces, levanto mi mirada extraña y contemplo a mi deidad protectora: cansada, distante, desgarrada en silencios.

Ya no se acerca al coloso al
que debo llamar padre.

Y yo, en mi fragilidad, aprendo
que la divinidad también se
quiebra.

Mis ojos providenciales aún no
comprenden el porqué de las
cosas.

¿Por qué debo aprender a
caminar, si en mi antigua
existencia nada me faltaba, y
todo era plenitud?

Costó…

sí, costó lágrimas y tropiezos,
pero alcancé la proeza humana:

pude erguirme y andar.

Al alzar la vista, con dificultad
pues su resplandor aún me
hiere descubro la dualidad en
sus rostros: se muestran
felices, y al mismo tiempo
preocupados.

Lo percibo en sus gestos,
aunque todavía no puedo
vestirlo en palabras.

Veo las estrellas pasar, los días
extinguirse uno a uno.

Los niños crecen, comparten
mi edad, pero no mi brillo.

Y sigo sin comprender por qué
permanezco atrapado en este
mundo hostil.

Quiero otra realidad.

¿Qué lenguaje divino es este
que no logro adoptar, que
resuena en mí como un eco
inalcanzable?

Este lenguaje abstracto me aterra, apenas repito unas palabras para silenciar las voces que me envuelven en su murmullo extraño.

Mi madre me acoge, me acobija en sus brazos de luz, y en ese instante todo dolor se disuelve, todo miedo se calma.

Mañana, me dicen, es tiempo de conocer un nuevo mundo:

"el jardín."

¿Será acaso el mismo reino mágico que habitaba en mi conciencia, donde la dicha era eterna y todos éramos uno en la felicidad?

No... no lo es.

El jardín no es aquel paraíso soñado, sino un lugar infernal: ruidos caóticos, órdenes que se cruzan, colores flameantes que hieren la vista.

Todo parece una guerra celestial y yo estoy atrapado en medio.

“Mamá, quiero despertar…”
grito en silencio, pero la
pesadilla persiste.

Entonces aparece mi salvadora,
mi madre, queriendo
arrancarme de este tormento.

Sin embargo,

Veo con horror que todo es
real.

Aun así, el mundo sagrado no
me abandona del todo.

Unos ángeles a quienes llaman terapeutas se acercan a mi fragilidad.

Con sus manos de luz encienden destellos en mi camino, y en medio de la oscuridad me regalan esperanza.

No logro escapar de la oscuridad ancestral, que, en mis venas, profunda, se anida, aprisionando mi ser en la

dualidad de un mundo que no me entiende ni me mide.

Soy distinto, pero no encajo, como un eco perdido en el abismo, mi alma danza entre sombras y pasos vacíos, y el caos se convierte en mi único ritmo.

Mis palabras son corrientes que no se atreven a nacer, limitadas por el peso de lo invisible, pero mis ojos y oídos, serenos en su deber, sienten la providencia, clara, indestructible.

En lo más profundo de mi ser
arde un amor, sagrado, eterno,
inscrito en mi esencia, un faro
en la oscuridad que me guía y
me cubre, el amor legendario
que es mi única presencia.

Es hora de marchar hacia este
nuevo universo, de la mano de
mis padres, creadores de mi
sendero, "Este nuevo reto," me
dicen, "una escuela especial,

donde el alma se expande, y el corazón se eleva al cielo."

¿Será aquí donde mi divinidad resplandezca, en este rincón donde los sueños se hacen aliento?

Mi padre, "el Dios caído", resurge del polvo, y me dice con voz firme:

"¡Eres un milagro de la ciencia, hijo mío!"

Observo con ojos indiferentes
que mi padre, Dios caído, no
sabe cómo jugar conmigo.

La danza de su razón se aleja y
el eco de su corazón ya no me
llama.

Sin embargo, en los pliegues de
la niebla que envuelven esta
habitación, veo la chispa que lo
consume:

su sabiduría envenenada de
certezas.

Su amor, ¡ah! Su amor su amor, se llama ciencia, un amor que ya no sabe de ternura, un amor que destruye para construir, como la mano de un demiurgo, que no reconoce al hijo sino al objeto.

Es único, como el caos mismo, como yo, que soy el hijo de su divinidad rota, una rareza que aún sobrevive en un mundo sin sentido.

Mi gurú, mi padre, hombre del abismo, cree que con la ciencia dominará el mundo, que con su

mente quebrada destruirá la vil creación y que la danza de Shiva será su poder.

¿Pero qué será del hombre que ya no ve ni la luz ni el amor? ¿Qué será de este hijo que se ahoga en su propio reflejo, en la nada que él mismo forja?

Lo veo sufrir por mi condición, y mi tormento es más cruel que su lucha.

El amor, tan ajeno a mi ser, se convierte en peso, en una piedra que aprieta mi pecho.

Siento la soledad rasgarme las entrañas, y el vacío del mundo me llama, un vacío que me devora, un vacío que me hace perderme en la niebla de un ser que ya no sabe.

Mis juguetes observan mi sublimidad,
con ojos quietos,
con forma de testigos silenciosos.

Me siento un titán, destructivo y creador,

como la santa Trimurti en
danza cósmica entre el caos y
la luz.

Y, sin embargo,
el vacío de esta existencia
condicional sigue
devorándome, como una
sombra que no se sacia.

Ahora, tengo diez años, y el
abismo ya se insinúa.

La divinidad que una vez fue
mía se disuelve en el aire como
un sueño roto.

El mundo pierde su color, se vuelve una sombra, un reflejo sin vida ni esperanza.

Los ruidos no son coros celestiales.
Son el eco desgarrad de una humanidad perdida en su propio estruendo.

Mi alma, que fue sol, ahora se oscurece en la tristeza absoluta, y la luz se convierte en una estrella lejana, que ya no me guía, que ya no me recuerda.

Así, como el fuego se apaga y el río se seca, mi alma sucumbe en el caos de un mundo que no entiende, un mundo que nunca sabrá mi verdad.

Mi padre, el profeta de un mundo incierto, anuncia con voz firme y clara:

"Eres el origen de la solución."

Soy la voz viva de aquellos que aún no pueden escapar de esta prisión de carne, de aquellos que aún se aferran a esta realidad que arde.

Soy evolución, soy un camino distinto, una senda que pocos se atreven a seguir.

Pero... ¿por qué siento tanta soledad?

¿Por qué solo algunos me toman en cuenta, y otros me ignoran como un viento sin rostro?

Vago, entre sombras y ecos vacíos, mientras mi alma grita por compañía.

Los que me rodean, ¿realmente
me ven?

¿O soy solo una sombra entre
las sombras?

Caigo en caída libre,
como el resplandor de un
lucero en la mañana,
precipitándome en aquello
que los simples mortales llaman
crisis.

Pero no estoy solo.

Mis Sagrados Padres me

defienden,
con la fuerza invisible del amor
verdadero.

Y detrás de ellos, se alza Otro
Supremo,
uno que siempre estuvo,
silencioso, eterno,
con un amor incondicional,
tan sutil y amoroso como el de
una madre...

Y me dijeron que ese amor
tiene un nombre suave,

antiguo,
me dijeron que se llama abuela.

Mis lágrimas,
oscuras, profundas y heladas,
no pueden contenerse ante la
mirada juzgadora de aquellos
crueles asuras que atormentan
mi existencia.

Sus palabras, filosas como
cuchillas, y sus actos de
discriminación me arrastran al
fondo de un tártaro ancestral,
hecho de silencios rotos y
miedos heredados.

Pero entonces, mi madre,
valiente y sagrada, invoca un
Astra luminoso, un escudo de
amor
que me cubre de estos seres
grotescos.

Y mi padre, con la furia noble
de un guardián,
desenvaina su Astra flameante,
una espada de fuego y
compasión, y lucha por mi alma,
como si el universo dependiera
de su victoria.

Yo, pequeño y eterno, evoco
una sonrisa

y continúo, una vez más,
en este mundo frío y gris.

Me rodeo de criaturas que, en
otras civilizaciones, habrían
sido llamados dioses.

Pero mi madre,
con su voz suave y sabia, me
dice que se llaman gatos y
perros.

Resplandecen en su estado
primitivo,
puros, antiguos, sagrados...
y aun así, me hacen sonreír

como si su sola presencia fuese
una bendición.

Veo pasar carruajes de hierro y
ruido,
autos y motos, les llaman y sin
saber por qué,
me nace una sonrisa
providencial, como si el mundo,
por un breve instante, fuera
digno de ser amado.

Hoy es sábado, me lo dice mi
madre,
como quien anuncia un día
santo.

Me siento en mi trono
silencioso, y desde allí observo
la visión panorámica y moderna
de la humanidad, esa que
llaman televisión.

En la pantalla, veo a unos seres
habilidosos,
corriendo, compitiendo,
luchando por su propia
grandeza.

¿Quiénes son ellos, padre?
Son jugadores de fútbol,
representan a la Selección
Argentina
me responde con orgullo

antiguo,
como si nombrara a semidioses
del presente.

Otra tierra sagrada, como la
India,
pero más cerca de este cuerpo
que ahora habito.

Allí donde antes fuimos polvo,
ahora somos materia humana,
divina, resonando en estadios
como templos del nuevo
mundo.

Escuchó el gotear de la canilla,
y no percibo el ruido del agua.

Resuena el tambor de Shiva
resonar.
El ¡Damaru!
Golpea el pulso del cosmos
como quien despierta al mundo
dormido.

Y el aire... ¡el aire recorre mi
cuerpo!
como si el aliento de Brahma
quisiera danzar en mi piel.

Mis latidos se precipitan, como
corceles alados, cuando los

ojos de los otros me atraviesan
ojos fríos, ojos sin llama.
Asuras:
cáscaras de divinidad perdida.

Levanto la vista:
están mis padres conmigo, y
juntos vemos a los reyes del
cielo, los señores del ruido y del
metal, volar.

¡Oh, cuánto amo su vuelo!
aunque rasgue el silencio con
su trueno de acero.

Y veo al mundo humano...
¡Cuán frágil es la arcilla de los

hombres!
Los niños:
algunos portan chispa divina;
otros ya han sido tragados por
la rutina pálida de los días.

Mi padre me habla:

—Hijo mío, dame tu energía,
esa que baila en tus venas
como fuego sagrado.

Con ella, sanaré.

Con ella, volaré otra vez,

como un Fénix de esta helada
humanidad.

Mi tiempo se desliza…
y mi carne canta su canto final.

Hoy viajo en este carruaje
terrestre,
la "combi" de los hombres,
entre seres de luz débil, que
sonríen… pero con dificultad.

Los observo:
sus ojos están vacíos.

Huecos.

Y me pregunto:

¿Cómo se vive en este mundo,
si uno ha nacido para ser
distinto?

Mi padre, en su sabiduría, me
dice: "El arte... solo lo aprecia
su autor."

Frase que **escuchó** de un
legendario ser de luz
uno como yo, hecho de la
misma materia cósmica, espejo
del misterio.

Sonreí mas no por júbilo,
sino por esperanza, como quien
ve una brasa encendida en
medio de la noche de los
hombres.

Y seguí mi camino,
entre sombras que suspiran por
redención,
esperando que el mundo, ciego
y sordo,
se vuelva a mirar al cielo.

Levanté los ojos al plano
supremo,
y allí en aquel ídolo cuadrado,
la televisión de los mortales

Vi multitudes clamando: no por
pan, ni por verdad, sino por
amor y atención,
como los condenados del
segundo círculo,
arrastrados por vientos de
deseo.

Y entonces mi alma se turbó,
presa de una emoción sin
nombre,
porque el lenguaje del espíritu
no cabe en las letras de los
hombres.

Y pregunté
¡oh, voz que habitas en mi
pecho!

¿Por qué, si mi origen es divino,
si mi fuego viene de las esferas
celestes,
sigo encadenado a esta carne
mortal?

¿Por qué el alma alada ha de
caminar con pies de barro?

Mi complejidad no es un
misterio etéreo,
sino la expresión organizada de
un cuerpo vivo:
una unión celular, regulada y
suprema,
que ha emergido de millones de
años de evolución.

La capacidad que poseo para
esta expresión que algunos
llamarían "dantesca" o sublime,
no es un regalo místico,
sino el resultado del
entrelazamiento

entre el sistema nervioso, la
emoción y la cultura.

Ha sido, sin embargo, el amor
de mi padre
por las formas antiguas del arte
lo que activó en mí una
orientación estética particular:
una sensibilidad hacia el
pasado,
una afinación emocional que
da forma
a esta expresión singular que
hoy manifiesto.

Sigo atrapado en esta dualidad
persistente:

la del cuerpo biológico y el yo
narrativo,
la del sentir primario y la
reflexión simbólica.

No soy un ser plenamente
comprendido,
porque ni siquiera el cerebro
que me alberga
ha logrado desentrañarse a sí
mismo por completo.

La auto-percepción es siempre
fragmentaria,

y la comprensión ajena, aún
más.

Y vuelvo.

Sí, vuelvo al centro de mí
mismo,
a la raíz callada donde habita la
llama,
la esencia más honda que
olvidé en el ruido.

Soy, otra vez, aquel que fui
antes del mundo,
el que habla en palabras
abstractas y rotas,

porque su ser es neblina, y su
condición,
un enigma sin forma.

Veo a mi padre en postura
meditativa,
como el gran Mahadeva,
envuelto en brillo y serenidad.

Imito su figura, cruzo las
piernas, cierro los ojos, pero no
alcanzo ese estado divino.

Entonces me dice, con voz
calma y firme:

“No existe divinidad sin
entrenamiento, hijo mío”.

Aunque su mente es
calculadora y estratégica,
como la del señor Vishnu,
puedo ver el amor oculto en
sus palabras.

Mis escrituras son intangibles
y repetitivas, como un antiguo
mantra.

Mi alma trizada, mi ser
fragmentado en mil espejos,
trato de darles forma,

de vestirlas con palabras
antes de que se disuelvan en el
abismo
del que provienen.

Nadie comprende
el murmullo sagrado de mis
mantras.

Tal vez porque no oyen
la voz de mis ancestros
celestiales
rozando mi pecho en las noches
calladas.

Hoy, en mí algo se transforma.

Mi cuerpo se pliega,
mi mente se extravía,
y mi cerebro, ese dios confuso,
no da respuestas.

Solo el silencio sabe.

Me siento imperfecto a cada
segundo y en llanto me
derrumbo.

Ya no brotan de mí las palabras
divinas...
me hundo
en mi propia humanidad.

Mi supremo Padre me revela el
porqué de este cambio.

Lo asumo, con dolor y lágrimas
humanas…
e inflo el pecho.

Día a día, observo y reniego
de esta complejidad frágil a la
que llaman humanidad.

Día a día,
sufro las burlas de los
ignorantes…

y mi corazón, lento,
se convierte en piedra.

En medio del camino de mi vida,
la senda se borró bajo mis pies inciertos,
y un velo de sombras cayó sobre mi alma.

Los Vigilantes del Altísimo me cobijan,
con brazos de luz y amor que no es de este mundo.

Sonrío, no por ausencia de
dolor, sino por haberlo
vencido.

Seco mis lágrimas, no para
olvidar, sino para ver con
claridad.

Y me sostengo... no en lo que
fui,
sino en la fiera llama de lo que
ahora soy.

Un fuego divino despierta en
mis entrañas,

un amor que todo lo
trasciende...
Pero mi voz no halla oyente, mi
luz no halla espejo.

Este don es mío.

Y mi soledad, también.

Una vez más, me descubro solo
y vacío,
como un eco que no regresa.

Y siempre, mi reflejo divino

Vuelve a mostrarse
en mis padres:
los mismos oníricos de siempre,
guardianes de mi alma dormida.

Mis papis con palabras de amor
divino me dicen "todo a su
tiempo".

Mi padre "Incluso en los cielos,
la perfección no nace en un
día; hasta la perla,
joya oculta del abismo,
requiere siglos de silencio para
brillar."

HOY...
yo soy un joven.
Un adolescente.

Y ahí está...
ese mundo.

Nuevo.

Desconocido.

Hostil.

Cruel.

Ahora tengo un escudo
sagrado,
tejido en la bruma dorada del
amor eterno, pulido por las
lágrimas del alba, consagrado
en el fuego secreto del alma.

Y en mi diestra, una espada que
arde sin consumirse, flameante
como la zarza viva,
encendida por la voluntad
férrea y la ternura oculta de mi
padre.

No es hierro lo que sostiene mi
mano,
es memoria,

es sangre que canta en silencio,
es espíritu que no se doblega.

Su ejemplo
como un río subterráneo
me atraviesa,
y donde él fue roca,
yo seré raíz.

Pero aún sostengo en mí
el destello silencioso de lo
esencial.

No me aferro a esos dones,
pues sé que todo es
impermanente,
como las hojas que caen al

viento,
como el río que nunca es el
mismo dos veces.

Mis dones divinos no son
posesiones,
son nubes pasajeras,
viento que pasa entre mis
dedos,
reflejos en el espejo del ahora.

Soy un ser que camina, sin yo ni
otro,
sin ataduras ni raíces fijas, solo
presencia, solo este instante.

Donde lo humano y lo divino
se disuelven en la misma
verdad:
vacío y plenitud,
sin separarse,
sin permanecer.

Soy el aspecto de un simple
pensamiento budista

La etapa llamada adolescencia
ha llegado,
como un suspiro fugaz que se
escapa entre los dedos,
una puerta entreabierta hacia
lo incierto,

donde los sueños se visten de
nostalgia y dudas.

Con nostalgia veo mis juguetes,
reliquias de un dios que he
dejado de ser,
testigos mudos de una infancia
que se desmorona como un
mito vencido.

Paso a paso quedan a un lado,
no por olvido, sino por traición:
la niñez no muere, se exilia.

Y yo, su verdugo y su heredero,
camino hacia un mundo sin certezas,
donde crecer es desaprender la alegría
y cargar con la absurda lucidez de los adultos.

Mi cuerpo, cerebro y mente
ya no son esencia ni impulso,
sino una unidad abstracta,
distante, extrañamente ajena a mí.

Una máquina que se piensa,
pero que ya no juega.

Antes era un todo sin duda,
ahora soy fragmento y mirada,
más testigo que actor,
más ojo que alma.

No domino la palabra
pero observo.

Y en el acto de observarme,
algo muere.

Tal vez el niño,

tal vez el dios,
tal vez el sentido.

Observo una musa de piel
radiante,
fulgor celeste que hiere
dulcemente mi visión;
su brillo, igual al del sol en la
hora de Dios,
aniquila la sombra donde mi
alma se oculta.

Como Beatriz en el umbral de
lo eterno,
ella no habla, pero basta su
presencia
para que el corazón golpee su

prisión mortal
con el fervor de un mártir ante
el milagro.

Mis manos sudan... se tornan
frías,
como si la sangre misma dudara
en avanzar,
temerosa de profanar con su
calor impuro
la cercanía de lo sagrado.

¿Pero qué tipo de sensación
humana es esta?
¿Es fiebre?

¿Es miedo?

¿Es hambre de eternidad?

¡No lo sé!

Solo sé que algo me arde en el pecho.

No lo sé…
pero algo en mí tiembla como
un niño escondido,
algo que no entiendo,
algo que no tiene nombre,
pero me habita.

Llego a mi dulce hogar,
donde el aire pesa en silencio,

y con manos temblorosas,
invoco astras en llamas,
flechas de fuego y viento,
contra padres que no ven
el caos que arde en mi pecho,
ni entienden el susurro
de tormentas que me habitan.

A causa de este abstracto
sentir.

Mi padre, como Mahadeva en
meditación eterna, se sentó en
silencio, cubierto por la
quietud de las edades.

Sus ojos no eran ojos, sino espejos del testigo inmóvil, el que ve sin juzgar, el que habita más allá del tiempo.

Con providencia, no humana, sino celeste, me contempló, no como hijo de su carne, sino como chispa del Uno oculta tras velos de nombre y forma.

Él buscaba no comprenderme, sino reconocer en mi caos el mismo fuego que arde en el corazón de Shiva.

Mi madre convoca al congreso supremo junto a mi padre, para entender lo que me pasa.

No es un juicio, sino un llamado al centro, donde ambos, como fuego y quietud, se reúnen para mirar mi alma sin miedo.

Ellos quieren saber, no con palabras, sino con presencia, qué parte de mí se ha perdido en el camino.

Mi padre como recurso supremo, utiliza la sabiduría máxima, "llamada ciencia".

El conocimiento sagrado, y la sabiduría viva que fluye en sus venas como río ancestral, les dio la claridad que no se aprende en libros, sino que nace de mirar con el alma abierta.

Heredaron la voz del tiempo, y con ella, sin ruido ni juicio, supieron con la calma de los sabios lo que arde en mi pecho y lo que llora en mi silencio.

Con supremacía tierna, sin imponer, simplemente vieron lo que yo aún no podía nombrar.

Mi padre con su mística ciencia dijo "que se haga la luz hijo mío".

Con esa bella frase pude caer en mí y volver a sonreír.

Hoy amanezco otro día tormentoso: en la estela de mi alma tallé "lloré, reí, robé una bella sonrisa.

Con resignación continuo en
este mundo hostil.

Ingreso al nuevo templo,
llamado escuela especial, con el
alma abierta y los pasos lentos.

Me detengo en el centro del
patio, donde el silencio pesa
más que el ruido, y desde allí
contemplo a esta joven
humanidad,

brotando,

titubeando,

aún ciega de sabiduría, pero
llena de promesas no dichas.

Son cuerpos pequeños con
espíritus vastos, aún dormidos
en el umbral de lo que serán.

A veces me gustaría dejar de
soñar despierto.

Mi padre, con sus astras
sagrados de tinta y fuego,
invoca el poder de la palabra,
como quien despierta a los
dioses dormidos en los versos.

Su voz se alza, maravillosa y eterna, como el rugido del Mahabharata, donde cada sílaba es una espada de luz, y cada silencio, una plegaria al infinito.

Porque él no habla…

revela.

No escribe, despierta mundos.

Mi padre como profeta
iluminado enseña su sabiduría y
filosofía de vida.

Invoca su poder supremo
llamado "Phantasos" aquella
fuente de conocimiento
infinito.

Como aquel señor supremo de
los sueños y las fantasías.

Allí fueron trazadas, con tinta
de siglos, las escrituras que
llaman sagradas.

A través de ellas, no sin arrogancia divina, se pretende curar a esta humanidad nueva, torpe, llena de saberes vacíos, ignorante en su presunción de estar despierta.

Mi alma ruge de impotencia al escribir estas palabras.

A pesar de su brillo intenso, esta hermosa escritura es ignorada y hecha a un lado.

Veo a mi padre caer, así como cayó Luzbel del cielo.

Una vez más con las alas rotas,
derrotado por el velo humano,
el egoísmo ignorante.

Mi padre invocó un Astra
oscuro y triste "la personalidad
humana", con dolor y frio en su
pecho acepta esta cruel
realidad.

Aunque lo observe sonreír, veo
que su brillo a cada millonésima
de segundos se apaga en el
vacío del silencio frio y oscuro.

A los antiguos y sagrados oídos
de mi padre llega mi solemne

voz, que dicta con una tierna
sabiduría:

"papi, no te rindas".

Veo sus lágrimas caer como
astros del cielo en el
apocalipsis,
y me sumerjo en una profunda
preocupación.

Él, con ojos de resignación, me
dice:
"Gracias, hijo mío".

He observado la génesis de mi
vida
y he llegado a la conclusión de
que mi misión
es demostrar tu divinidad.

Hoy es un nuevo día.

Un fuerte sol de verano
invade el patio frontal de mi
hogar,
como si fuese el ejército del
gran Krishna.

Me invade una tristeza que no busca consuelo, un vacío que no clama por ser llenado.

Echo de menos a mis amigos… aquellos cómplices de la ilusión, de aquella escuela "mágica", donde aún creíamos que el mundo tenía sentido.

¡Qué frágil es la memoria cuando la inocencia ha muerto!

Y sin embargo… la nostalgia es

el precio que paga el que ha
despertado.

Pero bueno, con lamento debo
decir ¡Estoy de vacaciones!

Mi padre me dice:
"Hijo, hoy viajaremos a una
tierra no tan lejana... y, sin
embargo, misteriosa;
iremos a ver a tu abuelo
a bordo de un gigante de
acero."

Salto y agito mis manos de
alegría.

Subo a este titán de alas sublimes.

Observo la majestuosidad de las nubes, con su aspecto de algodón suspendido…

y nace en mí el deseo de tocarlas.

Pero… ¿Cómo puedo saber que son suaves, si nunca las he tocado?

¿Será acaso un recuerdo oculto en mis genes, una huella

de antiguos vuelos, de aquellos
ancestros que alguna vez
supieron volar?

Simplemente no lo sé.

Pero me llena de vida.

Llego a esta tierra montañosa,
llena de cerros que parecen
vigías del tiempo.

Su dialecto o su prosodia,
como diría mi sabio padre, me
inquieta, me perturban.

Es como si las palabras no fueran solo sonido, sino piedras antiguas rodando por mi pecho.

¿Acaso es otro mundo nuevo?

¿Qué no puedo comprender?

Veo a mi abuelo y sonrió, mi oscuridad se apaga.

Subo al "autobús de la calle" y viajo para observar, conocer al supremo colosal el indomable que hasta para los griegos es un dios: el mar.

Observo a este coloso en su
vaivén de idas y vueltas, como
la danza eterna del gran Shiva.

Mis ojos se abren con asombro
ante tanta belleza.

Es como Dante al ver a Beatriz:
una revelación, una promesa de
algo eterno.

Así la contemplo yo.

Así la amo.

Como amo al mar, infinito,
inexplicable, pero mío.

Mis manos se agitan como los movimientos acelerados de Kali, la diosa del caos y del renacer.

Mis amados terapeutas con voces suaves y ojos atentos le llaman "estereotipias".

Pero yo sé...

que en ese temblor habita algo sagrado.

Día a día, momento a momento, disfruto estas bellas vacaciones como Dante,

cuando al fin asciende al reino Cielo.

Todo es luz.

Todo es canto.

Todo es amor suspendido en el aire.

Veo a mis padres recuperar esa mirada meditativa y providencial, que las sombras habían escondido por un tiempo que ya no pesa.

Sus ojos, como ventanas limpias, vuelven a mirar el

mundo con la calma de quien
ha comprendido algo sagrado.

Mis padres, con voz de
lamento, como los ecos del
círculo de Dante, me anuncian
que en unos días regresaremos
al hogar.

Y siento entonces que me
abraza una cierta dualidad:

la dulce permanencia y el
llamado del retorno, el cielo
que me envuelve y la tierra que
me espera.

Después de unas bellas vacaciones, vuelvo a mi dulce hogar, a la rutina de siempre, con el alma un poco más llena y los ojos cargados de luz.

Mi percepción se abre, pero no a la luz, sino a esta realidad fría, y una oscuridad opresiva, como un peso sin nombre, se enreda y me ahoga en el pecho.

La nostalgia de las vacaciones hace su labor, pero también veo una realidad muy diferente a la mía, donde los jóvenes de

mi edad comparten otro
mundo, otra escuela, otra vida.

No son iguales a mí.

¿Y si mi providencia no es más
que una ilusión, una idea cálida
creada por un ser supremo
para que no me rompa ante la
verdad del vacío?

Mis ojos no logran contener la
angustia y sueltan un diluvio
sagrado,
como el de Vishnu, cuando el
mundo, demasiado herido,

necesita ser borrado
para volver a empezar.

Así...

Mi conciencia evoluciona con
esta alta habilidad de
transformarme, de rehacerme,
de volver a mí siendo otro sin
dejar de ser yo.

Mis padres no comprenden el
porqué de este fenómeno
emocional enorme, angustioso,
que me habita como tormenta.

Al día siguiente, vuelvo a aquel mundo de luz llamado escuela especial.

Allí, todo brilla de otro modo.

Allí, soy quien soy, sin tener que explicarlo.

Y aunque soy feliz, una duda existencial se desliza, silenciosa, en el rincón más profundo de mi corazón.

¿Por qué estoy acá?

¿Por qué son tantas horas?

Entro en crisis, lentamente,
como quien se hunde en un río
sin fondo.

Y luego exploto en ira, fiera,
ardiente, como la gran Durga
en su batalla final.

¡Quiero volver a mi hogar!

Regreso a mi hogar, y con la paz
de quien ha batallado, mi
fuerza cósmica cierra la puerta
de mis aposentos.

Mis supremos padres se
acercan, con pasos suaves y

corazones antiguos, a calmar
mi enojo.

Como si supieran que incluso
los dioses también necesitan un
abrazo.

Caen mis pesadas lágrimas,
suelto una sonrisa, y vuelvo a
ser yo.

Inicia un nuevo día.

La rutina diaria agota mi ser.

Ya basta... de mí.

No puedo con el peso de mi
propia existencia.

Ni los colosales supremos
terapeutas logran sostenerme.

Veo caer la espada de
cataclismos, un rayo de sombra
descendiendo sobre este
humilde altar que es mi hogar.

Mis padres, guardianes de
antiguos ritos, se quiebran en
llanto.

Por amor y compasión divina, a
ellos vuelvo a ser yo:

esa figura amorosa nacida del fruto de su amor.

Mi padre acude a la antigua magia sagrada, esa que hoy llamamos ciencia, en busca de una solución.

He dejado atrás las palabras complejas, las metáforas cargadas de sombra.

Hoy hablo con voz limpia y directa, como quien ha llorado y entendido.

Mi humanidad avanza,
voy moldeando esta etapa
que los humanos llaman
adolescencia,
un tiempo de preguntas,
de dudas que arden y de
sueños que emergen.

Hoy mi divinidad empieza a
extinguirse,
como una llama que se rinde
ante el viento,
y en su fragilidad descubro el
humano,
el ser que camina entre
sombras y luz.

Pero surge en mí algo gigante,
un Astra extrema llamada
amor,
que ilumina mi oscuridad
y me devuelve a la vida.

Tan complejo y poderoso,
que no lo puedo contener,
es la energía incontrolable del
baile de Shiva,
que gira y gira sin descanso,
creando y destruyendo en mi
interior.

"Me enamore"

De aquella dama, de aspecto
celestial, y voz tan dulce que
disipa las nubes con solo
hablar.

Sin embargo, los asuras hacen
su labor, y me impiden
comunicarme como un ser
humano.

Mi sentir se ahoga en lenguas
invisibles.

En esta oscuridad, se destruye
mi mente.

Odio amar.

Lloro, me angustio.

Soy fuego...

y oscuridad.

Mi padre, con su sabiduría,
trae luz a mi vida, me da
tranquilidad en este tiempo de
oscuridad.

Busco en su voz serena la llama
que alumbre el sentido de mi
existencia.

El tiempo pasa y me siento
vacío y solo sin ninguna
dirección.

No puedo sostenerme.

Me extingo.

Como una vela olvidada al
borde del viento.

Mi humanidad me aterra: este
cuerpo que siente demasiado,
esta mente que no descansa,
este corazón que arde y se
apaga en el mismo suspiro.

Mi mente juega con fantasmas,
figuras sin rostro que
murmuran en rincones vacíos.

Estoy mal.

No lo disfrazo.

Me hundo a veces en pensamientos como niebla espesa.

Y sin embargo...

Como un eco de providencia, como una llama que se niega a morir, llega a mí aquella simple palabra que una vez dijo mi padre:

“No te rindas”.

Y aunque tiemble, y aunque
duela, me aferro a ese eco
como quien se aferra a la
última luz antes del amanecer.

Al acercarse él, con voz
omnipotente, era como
escuchar la palabra sagrada de
Vishnu: serena, infinita, capaz
de detener la tormenta.

Me dijo:

“Hijo, yo también caí, con todo
mi esplendor.

Lloré.

Y me levanté.

Pero no sólo caminé…

tomé vuelo".

"Me transformé en un faro entre ruinas, en un canto para los que no tienen voz, en un referente vivo, una llama encendida en la noche de los desamparados."

Hoy, más que nunca, te pido
paciencia.

Hoy, más que nunca, te pido
que me escuches.

Desde este lugar de sombra y
luz, dejo estas palabras como
escrituras sagradas.

Un legado: "Phantasos."

¡Honra y enaltece su nombre!.

Haz de él un camino.

Haz de ti un mundo mejor.

Ya no sos ese joven que dudaba
entre el grito y el silencio.

Ahora, casi adulto, estás al
borde del despertar.

Es hora de abrir los ojos con
fuerza, de asumir la llama, de
no temerle a tu reflejo.

Porque el eco de los que
vinieron antes te llaman.

Y en tu pecho late una historia
que merece ser contada por tu
propia VOZ.

Fin

Santana, Leandro Federico de Jesús

Mahān Niṣkarṣaḥ Kiśorāvasthā : la gran conclusión / Leandro Federico de Jesús Santana. - 1a edición para el alumno. - Merlo: Leandro Federico de Jesús Santana, 2025.

Libro digital, PDF

ISBN 978-631-01-1242-8